



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 19 - N.º 181
ENERO. 1956

El año 1955 se cierra para Venezuela en medio de una justificada euforia de bienestar material. Corresponde, sin duda, a una realidad la galante síntesis con que el más ilustre de nuestros visitantes de Diciembre, el Ministro de Gobernación de España, Blas Pérez González, resumió sus impresiones ante la prensa madrileña:

"He comprobado con gozo las más optimistas referencias que tenía de Venezuela, al ver que esa nación hermana, tan querida, prospera y marcha con seguridad por los caminos del más esplendoroso porvenir".

Hay hechos de impresionante elocuencia.

En la producción petrolera hemos alcanzado en el pasado mes de noviembre la cifra de 2.259.542 barriles diarios, la mayor de nuestra explotación básica.

En un decenio se han construido 19.997 km. de carreteras; de ellos 4.490 kilómetros pavimentados.

En dos decenios se ha exterminado prácticamente el paludismo.

En un quinquenio se ha logrado superar sucesivamente la producción de papas, maíz, cebollas, arroz, algodón y azúcar, necesaria para el consumo nacional.

En doce años Caracas aumentó su población en medio millón de habitantes. Desde 1946 a 1955 han entrado en el país 711.000 extranjeros.

El aumento de la población supera a los 250.000 habitantes por año.

Están en ejecución las grandiosas empresas del Plan Ferrocarrilero, la Siderúrgica Nacional, la Electrificación del Caroní, la Industria Petroquímica, la Represa del Guárico...

La impresión de los viajeros, que al cabo de un año regresan a Caracas y se encuentran desorientados en cualquier clásico rincón capitalino, transformado como por arte de magia en amplias avenidas o grandiosos edificios, se repite en su grado en toda la República. Frente a la masa metropolitana de un millón de habitantes, se ven surgir otros bloques de población, que el censo no califica como una unidad, aunque en realidad lo sean: Maracaibo, con ambas cuencas del Lago superpobladas sin discontinuidad, supera holgadamente el millón de habitantes; Puerto La Cruz será muy pronto una unidad que asimilará Pertigalete, Güanta, Barcelona y Naricual; surge una nueva población industrial en la confluencia de los ríos Orinoco y Caroní con Puerto Ordaz, San Félix, la Siderúrgica Nacional, la Electrificación de los Saltos y las minas de hierro del Pao y Cerro Bolívar; Maracay se transforma en centro de una extensa población de agricultura mecanizada; Valencia, en ciudad industrial desde Guacara hasta La Entrada; Barquisimeto, en metrópoli azucarera entre Chivacoa, El Turbio y Tocuyo; en torno a Maturín se cierra un semicírculo de poblaciones petroleras: Caripito, Quiriquire, Jusepín, Punta de Mata; constituyen una auténtica unidad El Tigre, San Tomé, y El Tigrillo, con los que emula Anaco, que vive una era de rapidísimo crecimiento; forman indudables unidades de población el Litoral Guaireño en el Distrito Federal; el Litoral Occidental de Paraguaná; y el Litoral Porteño, en Carabobo, con las nacientes industrias del papel y la petroquímica que unirán Puerto Cabello con las bocas del Yaracuy y el Aroa... Hasta la recoleta Calabozo siente una sacudida demográfica con su gigantesco Embalse del Guárico y el plan de riego de su decaídas dehesas.

Los economistas hablan de que Venezuela está entrando en su mayoría de

**DIVAGACIONES
DECEMBRINAS:
Venezuela
adolescente.**

edad económica, y nos califican como país neo-capitalista, juntamente con el Canadá y Australia.

Un aliento juvenil y creador hincha los pulmones de la patria. Venezuela se transforma violentamente; crece, se solidifica. Es, sin duda, un símil exacto hablar de Venezuela adolescente.

Esta realidad nos sugiere algunas reflexiones obvias y tal vez saludables, que recogemos aquí como un fruto de nuestras divagaciones decembrinas, en el instante crucial de un cerrar y abrirse de año.

Venezuela se transforma violentamente. Quiere decir que pierde con igual violencia y vértigo su vieja fisonomía; la de la Colonia; la del primer siglo de vida independiente en el letargo de las dictaduras liberales; la de las casas de un solo piso de modesta fachada y amplio solar interior con reminiscencia de patios andaluces, en los que era escaso el ruido y sosegado el vivir, respetada la tradición y austeras las costumbres. ¿Cómo negar que Caracas, Maracaibo, Puerto La Cruz, y, en su grado, todas las ciudades y centros urbanos de Venezuela abandonan gradualmente lo hispánico de la Colonia, el barniz francés del siglo XIX, y, con frecuencia, hasta lo más castizo y entrañable de lo venezolano para vestirse de costumbres, actitudes y preocupaciones norteamericanas?

Los venezolanos más reflexivos, sus pensadores y sus poetas, aún de generaciones recientes, contemplan con desazón y con impotente añoranza este morir de asfixia de la Venezuela, que ellos vivieron, amaron y cantaron.

Nosotros lamentamos con ellos el ocaso melancólico de la Venezuela tradicional; pero con espíritu realista reconocemos el hecho, y con anhelo creador creemos que, en vez de llorar, debe pensarse en colaborar en la estructuración de la Venezuela que nace; poner cariño en esta Venezuela adolescente, que se abre y se prepara a las responsabilidades de su mayoría de edad.

Y sea ésta la segunda reflexión: La trascendencia del momento, la gravedad de la educación que ha de darse al adolescente, lleno de pujanza, ansioso de actividad, embriagado de espíritu renovador, despectivo de lo viejo, tal vez petulante y caprichoso. Es decir: adolescente.

¿Qué va a surgir de esta Venezuela, que vive una juventud de riqueza fácil, que siente fiebre de negocios asombrosos, que goza el vértigo del placer y padece el enervante beleño del confort?

¿Qué mentalidad tienen nuestros jóvenes de los Liceos? ¿Qué aspiraciones nuestra juventud universitaria? ¿Qué sueñan nuestras doncellas? ¿Qué aspiraciones tienen nuestros obreros? ¿Qué buscan nuestros inmigrantes? ¿Qué Venezuela va a surgir de este hervoroso y caótico cosmos de la Venezuela adolescente?

Con dolor escuchamos decir que la juventud liceísta se muestra ilusionada con el materialismo marxista. ¿Qué profesores tiene esa juventud? Nuestros universitarios piensan en el dinero y en las carreras de brillante porvenir económico. Tal vez se conserva más espiritual una buena parte de nuestra juventud femenina, aunque tentada del libertinaje de las costumbres norteamericanas de exportación: cine, radio, televisión, novelas y modas la nutren de ideales de una superficialidad y desorientación asombrosa.

En dónde va a desembocar esta inquieta Venezuela adolescente?

Si es difícil definir a esta Venezuela —caótica y hervorosa— del presente; a esta Venezuela que se está haciendo, que está creciendo desmesuradamente —como un río cualquiera, desbordado en nuestros llanos, formando un nuevo cauce—, mucho más difícil es hablar de su futuro.

El Ministro de Gobernación de España nos augura "un espléndido porvenir".

En el orden económico también nosotros coincidimos con la opinión de quienes nos aseguran unos decenios de prosperidad; pues, aparte de las nuevas riquezas mineras —hierro, bauxita...— que ofrecen perspectivas halagüeñas, no creemos en los profetas agoreros que hablan del derrumbe de la prosperidad petrolera ante las aplicaciones industriales de la energía nuclear. Otro tanto se vaticinó del carbón cuando apareció la energía eléctrica. Si otros argumentos no probaran, impresionaría a cualquier prudente observador el hecho

de que economistas tan avisados, como son los magnates del petróleo, continuaran y aun iniciaran nuevas inversiones gigantescas en su industria dentro de nuestra misma patria. Y los cálculos más sensatos hacen presagiar que hay petróleo en Venezuela en los próximos 45 años del presente siglo. Esto, sobre nuestra prosperidad económica inmediata. La prosperidad económica del futuro lejano depende de la prudencia y sagacidad con que se inviertan los ingresos excepcionales de nuestra presente fortuna minera en la creación de fuentes perdurables de riqueza: concretamente para Venezuela, en el desarrollo de las vías de comunicación; de la agricultura; y de la ganadería.

Pero sería incompleto y hasta miope juzgar el porvenir de un país por su prosperidad económica. ¿Qué decir de nuestro porvenir moral?

Tenemos que reconocer que es, cuando menos, inquietante. No puede predecirse adónde va a desembocar esta juventud, esta Venezuela adolescente, colocada en el cruce del materialismo marxista, el positivismo yanqui y el espiritualismo cristiano. Digamos algo más. Depende en gran parte de nosotros: de los hombres —sean gobernantes, publicistas, educadores, sacerdotes...— que tenemos la misión de enrumbar ese imponderable tesoro de energía juvenil hacia derroteros felices y seguros.

Sería demasiado ambicioso desarrollar aquí en unas líneas un programa completo de educación moral. Vamos a fijarnos, para coronar estas divagaciones, en un solo problema básico: la crisis de la responsabilidad.

El sentido de la responsabilidad es lo que distingue al niño del adulto; a los pueblos viriles, de los pueblos infantiles. ¿Y cómo negar que nuestra prosperidad económica, nuestra riqueza fácil y hasta nuestro clima tropical uniforme, sin la violencia de los hielos invernales y los extremos calores del estío, enervan la voluntad, embotan el esfuerzo y favorecen el hábito de irresponsabilidad? Si a ello se añade el derrumbe de los principios morales (la voluntad obra bajo el dictado de la razón), encontraremos la explicación obvia de la grave crisis de responsabilidad a que estamos asistiendo y que produce profunda y desagradable impresión a quienes nos visitan y nos cobran sincero afecto.

En este mismo número de SIC se estudia nuestro problema de delincuencia infantil. ¿No delata ese solo hecho una serie de causas cuya raíz está en la ausencia del sentido de responsabilidad en los progenitores? El padre y aún la madre, que abandonan el hogar; el que rehuye el esfuerzo del trabajo; el que malbarata su salario hebdomadal en el licor, el vicio o el juego. Y es un solo aspecto del problema. Con asombro vemos repetirse los casos de empleados que malgastan ajenos caudales de cuya administración eran responsables, en juegos de lotería, carreras de caballos o en simples liviandades. Irresponsable es el obrero que sabotea la producción; el patrono que explota la miseria del necesitado; el empleado que manguarea; el mandatario que abusa de la fuerza; el intermediario que soborna; el magistrado que se deja comprar; y hasta el amigo que no acude a la cita o el empresario que no entrega la obra en el plazo prefijado. Una de las manifestaciones más agudas de nuestra crisis de responsabilidad es la ausencia del sentido del ahorro y previsión social.

En el hogar y en la escuela, en la vida pública y hasta en la convivencia amistosa tenemos que realizar un esfuerzo gigantesco para alentar, alabar y educar el sentido de responsabilidad.

Ha causado asombro en el mundo entero la sorprendente restauración económica de la Alemania Occidental. Nadie desconoce que el pueblo alemán tiene especialmente vivo —hasta convertirse en una de sus características más nobles— el sentido de la precisión, de la exactitud, de la responsabilidad.

Si la nueva Venezuela que surge ha de ser verdaderamente grande; si aspiramos a que su prosperidad actual se solidifique y perpetúe, eduquemos en nuestro pueblo el sentido de la responsabilidad.

Venezuela adolescente merece que cuantos la amamos y queremos nos preocupemos en formar en el joven inquieto de hoy el varón esforzado del mañana.

M. A. E.

Caracas, diciembre 1955.